

RUEDA, LOPE DE (1505-1565)

COMEDIA EUFEMIA

PERSONAJES:

LEONARDO, *gentilhombre*.

VALLEJO, *lacayo*.

EUFEMIA, *su hermana*.

POLO, *lacayo*.

VALIANO, *señor de baronías*.

EULALIA, *negra*.

CRISTINA, *criada*.

CREMALDO, *paje*.

JIMENA DE PEÑALOSA, *vieja*.

ANA, *gitana*.

MELCHOR ORTIZ, *simple*,

PAULO, *anciano criado*.

ACOMPAÑAMIENTO

ACTO I

ESCENA I

LEONARDO

MELCHOR.

Sala en casa de LEONARDO

LEONARDO

Larga, y en demasiada manera, me ha parecido la pasada noche: no sé si fue la ocasión el cuidado con que de madrugar me acosté; sin duda debe ser así. Porque buen rato ha que Eufemia, mi querida hermana, con sus criadas siento hablar, que con el mismo pensamiento se fue a dormir, entendiendo de mí que no me pudo apartar de hacer esta

jornada. Veréis que no sé si habrá tampoco hecho Melchor lo que anoche le dejé encomendado. Melchor, ¡ah! Melchor.

MELCHOR

Aprieta, aprieta, que se entran los moros por la villa. Henchí en mal punto el renglón, si queréis que responda.

LEONARDO

Melchor. Válgale el diablo a este asno: ¿y dónde está que no me oye?

MELCHOR

Dizque no oigo: pardiez que si yo quisiese, antes que me llamase tengo oído. Más que monta, que también trato yo de mis intereses como cualquiera hombre de honra. A ese Melchor échele un soportativo y verá cuán recio só con él.

LEONARDO

Superlativo quieres decir, badajo.

MELCHOR

Sí, señor. ¿Pues por qué nos barajamos ellotro día Jimenca de Peñalosa y yo?

LEONARDO

No me acuerdo.

MELCHOR

¿No se acuerda que nos medio apuñeteamos porque me dijo en mis barbas que era mejor alcurnia la de los Peñalosas que los Ortices?

LEONARDO

Parece que me, voy acordando ya.

MELCHOR

¡Ah? Gloria a Dios. Pues aquesse Melchor aguátele con alguna cosita al principio porque no vaya a secas, y verá lo que pasa.

LEONARDO

Ah, señor Melchor Ortiz.

MELCHOR

Agora soy contento. ¿Qué manda vuesa merced?

LEONARDO

¡Oh, mal os haga Dios! ¿Qué, tantos términos habemos de tener para que salgáis?

MELCHOR

Que no lo hago en mi álima, sino porque sienta esta mala vieja que soy honrado en la boca de vuesa merced. Que para mi contento con un oyes me sobra tanto como la mar.

LEONARDO

¿Pues qué se le da a ella de todo aqueso?

MELCHOR

Que dice ella que es mejor que mi madre, con no haber hombre ni mujer en todo mi pueblo que en abriendo la boca no diga más bien de ella que las abejas del oso.

LEONARDO

Aqueso, de bien quista debe ser.

MELCHOR

¿Pues de qué? En verdad, señor, que no se ha hallado tras dolía tan sola una macula.

LEONARDO

Mácula querrás decir.

MELCHOR

Mujer que todo el mundo la alaba. ¿No es harto, señor?

LEONARDO

Pues no sé qué se dice por ahí de sus tramas.

MELCHOR

No hay que decir. ¿Qué pueden decir? Que era un poco ladrona, como Dios y todo el mundo sabe, y algo deshonesto de su cuerpo: lo demás no fuera ella... ¿Cómo llaman aquestas de cuero que hinchen de vino, señor?

LEONARDO

Bota.

MELCHOR

¿No le sabe vuesa merced otro nombre?

LEONARDO

Borracha.

MELCHOR

Aqueso tenía también que en esotro así podían fiar de ella oro sin cuento, como a una gata parida una vara de longanizas, o de mí una olla de puchas, que todo lo ponía en cobro.

LEONARDO

Eso es cuanto a la madre. ¿Y tu padre era oficial?

MELCHOR

Señor, miembro dizque era de justicia en Constantina de la Sierra.

LEONARDO

¿Qué fue?

MELCHOR

Miente vuesa merced los cargos da un pueblo.

LEONARDO

Corregidor.

MELCHOR

Más bajo.

LEONARDO

Alguacil.

MELCHOR

No era para alguacil, que era tuerto,

LEONARDO

Porqueron.

MELCHOR

¡No valía nada para correr, que le habían cortado un pie por justicia.

LEONARDO

Escribano.

MELCHOR

En todo nuestro linaje no hubo hombre que supiese leer.

LEONARDO

¿Pues qué oficio era el suyo?

MELCHOR

¿Cómo los llaman a aquesos que de un hombre hacen cuatro?

LEONARDO

Bochines.

MELCHOR

Así, así, bochín, bochín, y perrero mayor de Constantina do la Sierra.

LEONARDO

Por cierto que sois hijo de honrado padre.

MELCHOR

¿Pues cómo dice la señora Peñalosa que puede ella vivir con mi zapato, siendo todos hijos de Adrián y Esteban?

LEONARDO

Calla un poco, que tu señora sale, y éstrate.

ESCENA II

LEONARDO, EUFEMIA.

EUFEMIA

¿Qué madrugada ha sido esta, Leonardo, mi querido hermano?

LEONARDO

Carísima Eufemia, querría, si Dios de ello fuere servido, comenzar hoy mi viaje y encaminarme a aquellas partes que servido fuere.

EUFEMIA

Qué, ¿todavía estás determinado de caminar sin saber a do? Cruel cosa es ésta. Mi hermano eres, pero no te entiendo. ¡Ay sin ventura! que cuando a pensar me pongo tu determinación y firme propósito, la muerte de nuestros carísimos padres se me representa. ¡Ay hermano! acordarte debías que al tiempo que tu padre y mío murió, cuanto a ti del quedé encomendada; por ser mujer y menor que tú. No hagas tal, hermano Leonardo: ten piedad de aquesta hermana desconsolada, que a ti con justísimas plegarias se encomienda.

LEONARDO

Cara y amada Eufemia, no procures estorbar con tus piadosas lágrimas lo que tantos días ha que tengo determinado, de lo cual sola la muerte sería parte para estorballo. Lo que suplicarte se me ofrece es que hagas aquello que las virtuosas y sabias doncellas, que del amparo paterno han sido desposeídas y apartadas, suelen hacer: no tengo más que avisarte, sino que do quiera que me hallare, serás a menudo con mis letras visitada. Y por agora en tanto que yo me llevo a oír misa, harás a ese mozo que entienda en lo que anoche le dejé mandado.

EUFEMIA

Ve, hermano, en buen hora, y en tus oraciones pido a Dios que me preste aquel sufrimiento que para soportar tu ausencia me será conveniente.

LEONARDO

Así lo haré: queda con Dios.

ESCENA III

EUFEMIA,
MELCHOR.

EUFEMIA
Ortiz. Melchor Ortiz.

MELCHOR
Señora. Tomado lo han a destajo esta mañana.

EUFEMIA
Sal aquí, que eres de menester.

MELCHOR
Ya, ya, no me digáis más, que ya voy atinando lo que me quiere.

EUFEMIA
Pues si lo sabéis, haceldo y despachá, que vuestro señor es ido a oír misa, y será presto de vuelta.

MELCHOR
No sé por dónde me lo comience.

EUFEMIA
Con tal que se haga todo, comenzá por do querréis.

MELCHOR
Ora, sus, ya voy en el nombre de Dios. ¿Mas sabe vuesa merced qué querría yo?

EUFEMIA
No, si no lo dices.

MELCHOR
Saber a lo que vó, o a qué.

EUFEMIA
¿Qué te mandó tu señor anoche antes que se fuese a acostar? Oíslo, Jimena de Peñalosa.

ESCENA IV

EUFEMIA
MELCHOR
JIMENA

JIMENA

Mi ánima, entrañas de quien bien os quiere. ¡Ay! Si he podido dormir una hora en toda esta noche.

EUFEMIA
¿Y de qué, ama?

JIMENA

Mosquitos, que en mi conciencia unas herroñadas pegan, que mal año para abejón.

MELCHOR

Debe dormir la señora abierta la boca.

JIMENA

Si duermo o no, ¿qué le va al gesto de renacuajo?

MELCHOR

¿Cómo quiere la señora que no se peguen a ella los mosquitos, si de ocho días que tiene la semana se echa los nueve hecha cuba?

JIMENA

¡Ay! Señora, ¿paréscele a vuesa merced que se ha dejado decir ese cucharón de comer gachas en mitad de mi cara? ¡Ay!, plegue a Dios que en agraz te vayas.

MELCHOR

¡En agraz! A lo menos no la podrán comprender a la señora esas maldiciones, aunque me perdone.

JIMENA

¿Por qué, molde de bodoques?

MELCHOR

¿Cómo se puede la señora chapa de palmito ir en agraz, si a la contina está hecha uva?

JIMENA

Aosadas, don mostrenco, si no me lo pagáredes.

MELCHOR

Pase adelante la cara de mula que tiene torozón.

JIMENA

Ay!, señora, déjeme vuesa merced llegar a ese pailón de cocer meloja. ¿Qué le parece cual me para el aguja de ensartar manilates? ¡Paramento de bodegón!, allega, allega, cantón de encrucijada, aparejo para cazar abejarucos.

EUFEMIA

Paso, paso, ¿qué es esto? No ha de haber más crianza, siquiera por quien tenéis delante?

ESCENA V

CRISTINA y dichos.

CRISTINA

¡Ay! Señora, ¿y no hay un palo para este lechonazo? Por mi salud si no parece que anda acá fuera algún juego de cañas según, el estruendo.

EUFEMIA

En verdad que parecen contino, estando juntos, gato y perro.

CRISTINA

Haría mejor a buena re, ese señor Ortiz, de mirar por aquel cuartago, que tres días ha no se le cae la silla de encima.

MELCHOR

Mas me maravillo, hermana Cristina, de lo que dices. ¿Cómo demonio se le ha de caer, si está con la gurupera y con entrambas a dos las cinchas engarrotadas?

EUFEMIA

Librada sea yo del que arriedro vaya. ¿Parécete que es bien estar el cuartago sin quitar la silla tres días ha? Ved con qué alientos estará para hacer jornada.

JIMENA

Los recados del señor.

MELCHOR

¿Qué recados? Si yo no le tuviera tan buena voluntad, ¿dejáralo estar así?

CRISTINA

¿Y parécete a ti que procede de buen querer dejalle con la silla tres días?

MELCHOR

Pardiez, hermana Cristina, que la verdad que te diga, yo no le dejé dormir vestido, sino porque se alegrase con la silla y freno nuevo que tiene. Otro peor mal no tuviese, que esotro bien le pasaría.

EUFEMIA

¡Ay amarga! ¿y qué?

MELCHOR

Que desde que señor vino anteyer del alquería, maldito el grano de cebada que ha probado, de todos cuantos piensos le he puesto.

EUFEMIA

¡Jesús! Dios sea conmigo: ¿pues agora lo dices? Corre, Cristina, mira si es verdad lo que este dice.

MELCHOR

Verdad, señora, así como yo soy hijo de Gabriel Ortiz y Arias Carrasco, verdugo y perrero mayor de Constantina de la Sierra.

JIMENA

Honrados dictados tenía el señor vuestro padre.

MELCHOR

Tal me haga a mi Dios, amen.

EUFEMIA

Harto bien te deseas por cierto.

MELCHOR

Señora, no se engañe vuesa merced, que en ahorcando mi padre a cualquiera, no hablaba más el juez en ello que si nunca hubiera tocado en él.

CRISTINA

¡Ay señora, qué desventura tan grande! Mire vuesa merced cómo habla de comer el rocín con treno y todo en la boca.

EUFEMIA

¿Con freno?

MELCHOR

Sí señora, el freno, el freno.

EUFEMIA

¿Pues con el freno le has dejado, traidor?

JIMENA

¿Pues he de ser yo adivinador, o vengo yo de casta para ser tan mal criado como aqueso?

EUFEMIA

¿Pues qué mala crianza era desenfrenar un rocín?

MELCHOR

Si te entrenó nostramo, ¿paréscele que era límite de buena crianza, y diera buena cuenta de mí en deshacer lo que señor había hecho?

JIMENA

La retórica como la quisiéredes, que respuesta no ha de faltar.

MELCHOR

¿Retórica? ¿Sabe que la mamé en la leche?

EUFEMIA

¿Tan sabia era su madre del señor

MELCHOR

Pardiez, señora, las noches por la mayor parte en levantándose de la mesa, no había pega ni tordo en gavia que tanto chirlase.

CRISTINA

Ay, señora, éntrese vuesa merced; remediarse ha lo que se pudiere, que ya mi señor dará vuelta y querrá luego partir.

EUFEMIA

Bien has dicho, entremos.

JIMENA

Pase delante el de los buenos recados.

MELCHOR

Vais ella, la de las buenas veces.

ACTO II

ESCENA I

POLO, VALLEJO.

Calle

POLO

A buen tiempo vengo, que ninguno de los que quedaron de venir han allegado: pero ¿qué aprovecha, si yo por cumplir con la honra de este desesperado de Vallejo he madrugado

antes de la hora que limitamos? ¡Catad que es cosa hazañosa la deste hombre, que ningún día hay en toda la semana que no pone los lacayos de casa, o parte dellos, en revuelta! Mirá hora por qué diablos se envolvió con Grimaldicos el paje del capiscol, siendo uno de los honrados mozos que hay en el pueblo. Hora yo tengo de ver cuánto tira su barra, y a cuánto alcanza su ánimo, pues presume de tal valiente.

VALLEJO

¿Tal se ha de sufrir en el mundo? ¿Cómo puede pasar una cosa como ésta, y más estando a la puerta de la Seo, donde tanta gente de lustre se suele llegar? ¿Hay tal cosa, que un rapaz descaradillo que ayer nació se me quiera venir a las barbas, y que me dirán a mí los lacayos de mi amo que calle por ser el capiscol su señor amigo de quien a mí me da de comer? Así podría yo andar desnudo e ir de aquí a Jerusalén los pies descalzos y con un sapo en la boca atravesado en los dientes, que tal negocio dejase de castigar. Acá está mi compañero. ¡Ah! mi señor Polo, ¿acaso ha venido alguno de aquellos hombrecillos?

POLO No he visto ninguno.

VALLEJO

Bien está, señor Polo: la merced que se me ha de hacer es que aunque vea copia de gente, dobléis vuestra capa y os asentéis encima, y tengáis cuenta en los términos que llevo en mis dependencias, y si viéredes algunos muertos a mis pies (que no podrá ser menos, placiendo a la Majestad divina), el ojo a la justicia en tanto que yo me doy escape.

POLO

¿Cómo? ¿Qué tanto pecó aquel pobre mozo que os habéis querido poner en necesidad a vos y a vuestros amigos?

VALLEJO

¿Mas quiere vuesa merced, señor Polo? Sino que llevando el rapaz la falda al capiscol su amo, al dar la vuelta tocarme con la contera en la faja de la capa de la librea. ¿A quién se le hubiera hecho semejante afrenta que no tuviera ya docena y media de hombres puestos a hacer carne momia?

POLO

¿Por tan poca ocasión? ¡Válame Dios!

VALLEJO

¿Poca ocasión os parece reírseme después en la cara, como quien hace escarnio?

POLO Pues de verdad que es Grimaldicos honrado mozo, y que me maravillo hacer tal cosa; pero él vendrá y dará su descargo, y vos, señor, le perdonaréis.

VALLEJO

¿Tal decís, señor Polo? Mas me pesa que sois mi amigo, por dejaros decir semejante palabra. Si aqueste negocio yo agora perdonase, decidme vos, ¿cuál queréis que ejecute?

POLO

Hablad paso, que veisle aquí do viene.

ESCENA II

POLO, VALLEJO, GRIMALDO.

GRIMALDO

Ea, gentileshombres, tiempo es agora que se eche este negocio a una banda.

POLO

Aquí estaba rogando al señor Vallejo que no pasase adelante este negocio; y halo tomado tan a pechos que no basta razón con él.

GRIMALDO

Hágase vuesa merced a una parte, y veamos para cuánto es esa gallinilla.

POLO

Hora, señores, óiganme una razón, y es que yo me quiero poner de por medio: veamos si me harán tan señalada merced los dos que no riñan por agora.

VALLEJO

Así me podrían poner delante todas las piezas de artillería que están por defensa en todas las fronteras de Asia, África y Europa, con el serpentino de bronce que en Cartagena está desterrado por su demasiada soberbia, y que volviesen agora a resucitar las lombardas de hierro colado con que aquel cristianísimo rey Don Fernando ganó a Baza, y finalmente aquel tan nombrado galeón de Portugal con toda la canalla que lo rige viniese, que todo lo que tengo dicho y mentado fuese bastante para mudarme de mi propósito.

POLO

Por Dios, señor, que me habéis asombrado, y que no estaba aguardando sino cuando habíades de mezclar las galeras del gran turco, con todas las demás que van de levante a poniente.

VALLEJO

¿Qué, no las he mezclado?, pues yo las doy por emburulladas, vengan.

GRIMALDO

Señor Polo, ¿para qué tanto almacén? Hágase a una banda, y déjeme con ese ladrón.

VALLEJO

¿Quién es ladrón, babosillo?

GRIMALDO

Tú lo eres; ¿hablo yo con otro alguno?

VALLEJO

¿Tal se ha de sufrir? ¿Que se ponga este desbarbadillo conmigo a tú por tú?

GRIMALDO

Yo, liebre, no he menester barbas para una gallina como tú; antes con las tuyas delante del señor Polo pienso limpiar las suelas de estos mis estivales.

VALLEJO

¿Las suelas, señor Polo! ¿Qué más podía decir aquel valerosísimo español Diego García de Paredes?

GRIMALDO

¿Conocístele tú, palabrero?

VALLEJO

¿Yo, rapagón? El campo de once a once que se hizo en el Piamonte, ¿quién le acabó sino él y yo?

POLO

¿Vuesa merced? ¿Y es cierto eso del campo?

VALLEJO

¡Buena es esa pregunta! Y aún unos pocos de hombres que allí sobraron por estar cansado, ¿quién les acabó las vidas sino aqueste brazo que veis?

POLO

Pardiez que me parece aquello una cosa señaladísima.

GRIMALDO

Que mente, señor Polo. Un hombre como Diego García de Paredes, ¿se había de acompañar con un ladrón como tú?

VALLEJO

¿Ladrón era yo entonces, palominillo?

GRIMALDO

Si entonces no, agora lo eres.

VALLEJO

¿Cómo lo sabes tú, ansarino nuevo?

GRIMALDO

¿Cómo? ¿Qué fué aquello que te pasó en Benavente, que está la tierra más lleno dello que de simiente mala?

VALLEJO

Ya, ya sé qué es eso: a vuesa merced que sabe de negocios de honra, señor Polo, quiero contárselo, que a semejantes pulgas no acostumbro dar satisfecho. Yo, señor, fui a Benavente a un caso de poca estofa, que no era más sino matar cinco lacayos del conde, porque quiero que lo sepa. Fue porque habían revelado una mujercilla que estaba por mí en casa del padre en Medina del Campo.

POLO

Toda aquella tierra sé muy bien.

VALLEJO

Después que ellos fueron enterrados, y yo por mi retraimiento me viese en alguna necesidad, acodiciéme de un manto de un clérigo y unos manteles de casa de un bodegonero donde yo solía comer, y cogiome la justicia, y en justo y en creyente, etc. Y esto es lo que aqueste rapaz está diciendo. Pero agora, ¿fáltame a mí de comer en casa de mi amo para que use yo de aquesos tratos?

GRIMALDO

Suso, que estoy de priesa.

VALLEJO

Señor Polo, aflójeme vuesa merced un poco aquestas ligagambas.

POLO

Aguarde un poco, señor Grimaldo.

VALLEJO

Agora apriéteme aquesta estringa del lado de la espada.

POLO

¿Está agora bien?

VALLEJO

Agora méteme una nómina que hallará al lado del corazón.

POLO

No hallo ninguna.

VALLEJO

¿Qué? ¿No traigo una nómina?

POLO

No por cierto.

VALLEJO

Lo mejor me he olvidado en casa debajo de la cabecera del almohada, y no puedo reñir sin ella. Espérame aquí, ratoncillo.

GRIMALDO

Vuelve acá, cobarde.

VALLEJO

Hora, pues sois porfiado, sabed que os dejára un poco más con vida si por ella fuera. Déjeme, señor Polo, hará ese hombrecillo las preguntas que soy obligado en descargo de mi conciencia.

POLO

¿Qué le habéis de preguntar? Deci.

VALLEJO

Déjeme vuesa merced hacer lo que debo. ¿Qué tanto ha, golondrinillo, que no te has confesado?

GRIMALDO

¿Qué parte eres tú para pedirme eso, cortabolsas?

VALLEJO

Señor Polo, vea vuesa merced si quiere aqueso pobrete mozo que le digan algo a su padre, o que misas manda que le digan por su alma.

POLO

Yo, hermano Vallejo, bien conozco a su padre y madre, cuando algo sucediese, y sé su posada.

VALLEJO

¿Y cómo se llama su padre?

POLO

¿Qué os va en saber su nombre?

VALLEJO

Para saber después quién me querrá pedir su muerte.

POLO

Ea, acabad ya, que es vergüenza: ¿no sabéis que se llama Luis de Grimaldo?

VALLEJO

¿Luis de Grimaldo?

POLO

Sí, Luis de Grimaldo.

VALLEJO

¿Qué me cuenta vuesa merced?

POLO

No más que aquesto.

VALLEJO

Pues, señor Polo, tomad aquesta espada, y por el lado de derecho apretad cuanto pudiéredes, que después que sea ejecutada en mí esta sentencia, os diré el porqué.

POLO

Yo, señor, líbreme Dios que tal haga, ni quite la vida a quien nunca me ha ofendido.

VALLEJO

Pues, señor, si vos por serme amigo rehusáis, vayan a llamar a un cierto hombre de Piedrahita, a quien lo he muerto por mis propias manos casi la tercera parte de su generación, y aquese como capital enemigo mío vengará en mí propio su saña.

POLO

¿A qué efecto?

VALLEJO

¿A qué efecto me preguntáis? ¿No decís que es ese hijo de Luis de Grimaldo, alguacil mayor de Lorca?

POLO

Y no de otro.

VALLEJO

¡Desventurado de mí! ¿Quién es el que me ha librado tantas veces de la horca, sino el padre de aquese caballero? Señor Grimaldo, tomad vuestra daga, y vos mismo abrid aqueste pecho, y sacadme el corazón, y abrilde por medio, y hallaréis en él escrito el nombre de vuestro padre Luis de Grimaldo.

GRIMALDO

¿Cómo? Que no entiendo eso.

VALLEJO

No quisiera haberos muerto por los santos de Dios, por toda la soldada que me da mi amo. Vamos de aquí, que lo quiero gastar lo que de la vida me resta en servicio deste gentilhombre en recompensa de las palabras que sin le conocer he dicho.

GRIMALDO

Dejemos aqueso, que yo quedo, hermano Vallejo, para todo lo que os cumpliere.

VALLEJO

Sus, vamos, que por el nuevo conocimiento nos entraremos por casa de Malara el tabernero, que aquí traigo cuatro reales: no quede solo un dinero que todo no se gaste en servicio de mi más que señor Grimaldo.

GRIMALDO

Muchas gracias, hermano: vuestros reales guardaldos para lo que os convenga, que el capiscol mi señor querrá dar la vuelta a casa, y yo estoy siempre para vuestra honra.

VALLEJO

Señor, como criado menor me puede mandar. Vaya con Dios. ¿Ha visto vuesa merced, señor Polo, el rapaz como es entonallo?

POLO

A fe que parece mozo de honra. Pero vamos que es tarde. ¿Quién quedó en guarda de la milla?

VALLEJO

El lacayuelo quedó. ¡Ah Grimaldico, Grimaldico, cómo te has escapado de la muerte por dárteme a conocer! Pero guarte no vuelvas a dar el menor tropezoncillo del mundo, que toda la parentela de los Grimaldos no sejá parte para que a mis manos ese pobrete escritilla, que aún está con la leche en los labios, no me le rindas.

ESCENA III

LEONARDO
MELCHOR.

Plaza pública

MELCHOR

¡Oh, gracias a Dios que me le deparó! ¿Parécele que ha sido buena la burla? ¿Ésta es la compañía que me prometió de hacer antes que saliésemos de nuestra tierra, y lo que mi señora le rogó?

LEONARDO

¿Qué fue lo que me rogó, que no me acuerdo?

MELCHOR

¡No lo rogó que me hiciese buena compañía?

LEONARDO

¿Pues qué mala compañía has tú de mí recibido en esta jornada?

MELCHOR

Fíase el hombre en él, pensando luego daremos la vuelta, y ha unas siete horas que anda un hombre como perro rastrero, y a mal ni a bien no lo he podido dar alcance.

LEONARDO

¿No podíades dar la vuelta a la posada temprano, ya que no me hallabas?

MELCHOR

Acabé ya. ¿Tenía yo blanca para dar al pregonero?

LEONARDO

¿Y para qué al pregonero, acemilón?

MELCHOR

Para que me pregonara como a bestia perdida, y así de lance en lance me adestrara donde a vuesa merced le habían aposentado.

LEONARDO

¿Qué, tan poca habilidad es la tuya que a la posada no atinas?

MELCHOR

¿Pues si atinara, había de estar agora por desayunarme?

LEONARDO

¿Qué, no has comido? ¿Es posible?

MELCHOR

¡Calle! ¿Tengo el buche templado como halcón cuando le hacen estar en dieta de un día para otro?

LEONARDO

¿Cómo diablos te perdistes esta mañana?

MELCHOR

Como vuesa merced iba ocupado hablando con aquel amigo, que no fue hombre, sino azar para mí, yo desviéme un poco, pensando que hablaba de secreto y no más, cuanto doy la vuelta a ver una tabla de pasteles que llevaba un mochacho en la cabeza; atraviesan a mí otros dos (que verdaderamente el uno parecía a vuesa merced en las espaldas) y los dos cuélanse dentro en la Seo a oír misa que decían, que duró hora y media: yo contino allí detrás pensando que era vuesa merced, y cuando se volvió a decir el *benelicamus dolime*, que responden los otros *dougráfilas*, lleguéme a de aquel que le parecía, y díjele: ea, señor, ¿habemos de ir a casa? Él, que vuelve la cabeza, y me ve, dijo: ¿conócesme tú, hermano?

LEONARDO

¡Oh quién te viera!

MELCHOR

Yo que veo el preito mal parado, acudo a las puertas para volverte a buscar, y mis pecados que siempre andan haciéndome gestos, hállolas todas cerradas.

LEONARDO

¡Cuál andarías!

MELCHOR

Yo diré qué tal. ¿Ha visto vuesa merced ratón caído en ratonera, que buscando por do soltarse anda dando topetadas de un cabo a otro para huir?

LEONARDO

Sí, he visto algunas veces.

MELCHOR Pues ni más ni menos andaba el sin ventura de Melchor Ortiz Carrasco, hasta que fortuna me deparó a una parte una puertecilla por do vi salir algunas gentes que se habían quedado rezagadas a oír aquella misa, que era la postrera. Pero vamos, señor, si habemos de ir.

LEONARDO

¿Adónde?

MELCHOR

¿Dizque adónde? A casa.

LEONARDO

¿A casa? ¿Y a qué a tal hora?

MELCHOR

Señor, para tomar por la boca un poco de orégano y sal.

LEONARDO

¿Para qué sal y orégano?

MELCHOR

Para echar las tripas en adobo.

LEONARDO

¿Cómo?

MELCHOR

Señor, ya ellas están vinagre de pura hambre, con el orégano y sal ternán con que sustentarse si le parece a vuesa merced.

LEONARDO

Pues agora no puede ser: anda acá conmigo, que Valiano, que es señor de aqueste pueblo, con quien yo agora de nuevo he asentado, está en vísperas, y téngole de acompañar, y oirás las más solemnes voces que oíste en toda tu vida.

MELCHOR

Vamos, señor, enhorabuena; pero si oír veces se pudiese excusar, recibiría yo señaladísima merced.

LEONARDO

¡Ah, don traidor! Que agora pagaréis lo que al cuartaguillo hicistes estar ayuno: ¡ah! ¿acordaisos?

MELCHOR

Pues pecador fui yo a Dios, hiciérame pagar vuesa merced el pecado donde cometí el delito, y no donde así me puedo caer a una cantonada desas que no hallaré quien me diga: ¿qué has menester?

LEONARDO

Ora, suso, toma toda esa calle adelante, y pregunta por el hostel del Lobo: cata aquí la llave, y come tú de lo que hallares en el aposento, y aguárdame en la posada hasta que yo vaya.

MELCHOR

Agora va razonablemente el partido de Melchor; ¿pero no sabríamos lo que sobró para mí?

LEONARDO

Camina, que yo aseguro que no quedarás quejoso.

MELCHOR

Yo voy: quiera Dios que así sea.

ESCENA IV

LEONARDO

POLO.

POLO

Guarde Dios al gentilhombre.

LEONARDO

Vengáis norabuena, mancebo.

POLO

Dígame, ¿es vuesa merced un extranjero que llegó los días pasados a este pueblo en compañía del mayordomo de aquesta tierra?

LEONARDO

Yo creo que soy aquese por quien preguntáis; ¿mas por qué lo decís?

POLO

Porque anoche sobre mesa trataron de la habilidad suya, y asimismo como era vuesa merced muy gentil escribano y excelente contador: finalmente que sería mucha parte su buena habilidad para entender y tratar en el oficio de secretario de Valiano mi señor, porque como hasta agora sea mozo y por casar, no tiene copia cumplida de los oficiales que a su estado y renta conviene. Holgara yo que vuesa merced quedara en esta tierra y en servicio del señor de ella, por ser uno de los virtuosos caballeros que hay en estas partes.

LEONARDO

Holgaré por cierto de quedar, porque aquese caballero y yo, que no sé quién es, nos topamos una jornada de aquí, y sabiendo la voluntad mía que era de estar en servicio de un señor que fuese tal, él por la virtud suya me ha encaminado a esta tierra: asimismo como de mi cosecha no tengo habilidad ninguna, si no es aqueste escribir y contar que cuando niño mis padres (que en gloria sean) me enseñaron, acordaría aquese gentilhombre de dar aviso a vuestro señor de mí, por ver si para su servicio fuese suficiente y hábil.

POLO

Por cierto, señor, que se muestra en él bien que debe de ser persona en quien habrá más que de él se dice, pero yo creo que andan por la villa en busca suya; vuesa merced vaya a palacio adonde le están aguardando, que no será razón dejar pasar tan buena coyuntura, sino hacer hincapié que todos le seremos prestos para su servicio.

LEONARDO

Muchas gracias, yo lo agradezco voime.

POLO

Vaya con Dios.

LEONARDO

Beso sus manos.

ESCENA V

PAULO

POLO.

PAULO

¿Qué es lo que haces, Polo?

POLO

Ya puede ver, señor Paulino.

PAULO

¿Has habido noticia de este gentilhomme que voy buscando por la villa?

POLO

Ah, agora se va de aquí derecho a palacio, por habelle dado aviso que van en busca suya.

PAULO

¿Qué manera de hombre o edad es a lo que muestra?

POLO

Gentil mancebo y dispuesto es, señor, y muy buena plática que tiene, y su edad será de veinticinco o treinta aires.

PAULO

¿Ya bien tratado?

POLO

Según su traje, de ilustre prosapia debe ser su descendencia.

PAULO

¿De qué nación?

POLO

Español me parece.

PAULO

Anda, vamos.

POLO Vaya vuesa merced, que yo por acá me quiero ir a dar vuelta por ver si podré alcanzar una visita de mi señora Eulalia, la negra.

ACTO III

ESCENA I

VALIANO
LEONARDO
VALLEJO.

Calle. Noche oscura.

VALIANO

La causa, Leonardo, por qué a tal hora conmigo te mandé que apercebido con tus armas salieses, no fue porque yo viniese a cosa hecha, sino solamente por comunicar contigo aquel negocio que ayer me comenzaste mi apuntar, y por eso te he traído por calles tan escombradas de gentes: solamente a Vallejo el lacayo dije que tomase su espada y capa, mandándole quedar a esa cantonada para que con gran vigilancia y cuidado no seamos de nadie espiados, mandándole que haga la guardia.

VALLEJO

¿Adolos? ¿Dónde van? Mueran los traidores.

VALIANO

Paso, paso: ¿á quién has visto? ¿Qué te toma?

VALLEJO

¡Ah pecador de mí! Señor, ¿a qué efecto has salido a poner en peligro tu persona? Vete, señor, a acostar y el señor Leonardo, y déjame con ellos, que yo los enviaré antes que amanezca a casar gaviluchos a los robres de Mechualon.

VALIANO

¡Válate el demonio! ¿No aseguras ese corazón? ¿Quién me había de enojar en mi tierra, basan?

VALLEJO

¡Oh! Reniego de los aparejos con que cazan las tórtolas en la Calabria, ¿y eso dices, señor? ¿No ves que es de noche, pecador soy a Dios, y a lo oscuro todo es turbio? A fe de bueno que si no reconociera la voz del señor Leonardo, que no fuera mucho quedar la tierra sin heredero.

VALIANO

¿A mí, traidor?

VALLEJO

No sino dormí sin perro: es menester, señor, que de noche vaya avisada la persona, porque en mis manos está el determinarme, y en las de aquel que firmó el gran horizonte con los polos árticos y tantárticos volver la de dos filos a su lugar.

VALIANO

Todo me parece bien si no te emborrachases tan a menudo.

VALLEJO

Eres mi señor y tengo de sufrirte; mas a decírmelo otro, no fuera mucho que estuviese con los setenta y dos.

VALIANO

Agora quédate ahí, y ten cuenta con que no nos espíe nadie, que es mucho de secreto lo que hablamos.

VALLEJO

A hombre lo encomiendas, que aunque venga el de las patas de avestruz con todos sus secuaces dando tenazadas por esa calle, no bastará a mudarme el pie derecho donde una vez le clavare.

VALIANO

Así conviene. Volvamos a nuestro propósito, Leonardo, y dime: aquesa hermana tuya, después de ser tan hermosa como dices, ¿es honesta y bien criada?

LEONARDO

Señor, tú te puedes mejor informar que yo decirlo; porque al fin como yo sea parte y tan principal, no deberían mis razones ser admitidas como de otro cualquiera. La falta, señor, que yo le fallo es ser mi hermana, que en lo demás podía ser mujer de cualquier señor de título según su manera.

VALLEJO

Señor Leonardo.

LEONARDO

¿Qué hay, hermano Vallejo?

VALIANO

Mira, Leonardo, qué quiere ese mozo.

VALLEJO

Señor, parece que entendí que hablaban en negocio de mujeres; y si acaso es así, por los cuatro elementos de la profundísima tierra, no hay hoy día hombre en toda la redondez del mundo que más corrido esté que yo, ni con más razón.

VALIANO

¿Cómo, Vallejo?

VALLEJO

¿Y habla, señor, a quien se pudiese encargar un negocio semejante como a mí?

VALIANO

¿De qué manera?

VALLEJO

¿Hay en toda la vida airada, ni en toda la máquina astrologal, a quien más sujeción tengan las mozas que a Vallejo tu lacayo?

VALIANO

Calla, villano.

VALLEJO

No te engañes, señor, que si conocieses lo que yo conozco en la tierra, aunque seas quien seas, pudieraste llamar de veras bienaventurado, si fueras como yo dichoso en amores.

VALIANO

Tú, ¿qué puedes conocer?

VALLEJO

¡Malograda de Catalinilla la vizcaína! La que quité en Cáliz de poder de Barrientos el sotacómitre de la galera del Grifo que no andaba en toda el armada moza de mejor talle que era ella.

LEONARDO

Hermano Vallejo, cállate un poco.

VALLEJO

No lo digo sino porque hablamos de ballestas.

VALIANO

¿No callarás, di?

VALLEJO

¡Ah, Dios te perdone, Leonor de Valderas! Aquella, digo a vuesa merced, que era mujer para dar de comer a un ejército.

VALIANO

¿Qué Leonor era aquesta?

VALLEJO

La que yo saqué de Córcega, y la puse por fuerza en un mesón de Almería, y allí estúvose nombrando por mía, hasta que yo desjarreté por su respeto a Mingalarios, corregidor de Estepa.

VALIANO

Válate el diablo.

VALLEJO

Y corté el brazo a Vicente Arenoso, riñendo con él de bueno a bueno en los percheles de Málaga el agua hasta los pechos.

VALIANO

Prosigue, Leonardo, que si ello es así como tú lo pintas, podrá ser que se hiciese por ti más de lo que piensas.

LEONARDO

Señor, yo siempre rescibí y recibo de tu mano mercedes sin cuenta, pero en cuanto a esta hermana mía, tú sabrás que es más de lo que tengo dicho.

VALLEJO

¡Válame nuestra Señora del Pilar de Zaragoza! ¡Ah, ladrones, ladrones! Leonardo, apunto, apunto.

LEONARDO

¿Qué es aqueso que has visto?

VALIANO

¿Quién son?

VALLEJO

Tente, tente, señor, no echés mano, que ya todos han huido. ¡Ah! Rapagones, en gurullada me vais, agradesceldo...

VALIANO

¿A quién?

VALLEJO

Yo me lo sé: señor Leonardo, en dejando a nuestro amo en casa, quiero que vamos tú y yo a dar una escurribanda a casa de Bulbeja el tabernero.

LEONARDO

¿Para qué?

VALLEJO

Para verme con aquellos forasteros que por aquí han pasado; que, según soy informado, no ha media hora que llegaron de Marbella, y traen una rapaza como un serafín.

VALIANO

¿Qué dice ese mozo, Leonardo?

LEONARDO

No lo entiendo, señor.

VALLEJO

¡Dizque no lo entiende! Sé que no hablo yo en algarabía. Veamos de cuando acá han tenido ellos atrevimiento de meter vaca en la dehesa sin registralla el dueño del armadijo.

VALIANO

Hora yo quiero, Leonardo, si te parece, dar parte desto a algunas personas principales de mi casa, porque no digan que en un negocio como éste me determiné sin dalles parte.

LEONARDO

Señor, a tu voluntad sea todo.

VALLEJO

Vamos, señor, que aquí tengo ciertas haciendas antes que amanezca.

VALIANO

¿Qué haciendas tienes tú, beodo?

VALLEJO

Señor, un negocio de hartos quilates de honra.

VALIANO

Veamos los quilates.

VALLEJO

Ya lo he dicho al señor Leonardo: cobrar unas blanquillas de ciertos jayanes que son venidos aquí a mofar de la tierra: veamos de quién tomaron licencia, sin registrar primero delante de aqueste estival.

VALIANO

Sus, baste ya, tira adelante.

VALLEJO

Nunca Dios lo quiera, que más guardadas van tus espaldas con mi sombra y seguro, que si estuvieras metido en la Mota de Medina, y cargada sobre ti la fornida puente levadiza con que la fuerza de noche se asegura.

ESCENA II

EUFEMIA

CRISTINA.

Sala en casa de LEONARDO.

EUFEMIA

Cristina hermana, ¿qué te parece del olvido tan grande como Leonardo mi querido hermano ha tenido en escribirme, que ya son pasados buenos días que letra déj no he visto? ¡Oh ánimas del purgatorio bienaventuradas! Poned en corazón a aquel hermano que con sus letras o con su persona me torne alegre y gozosa.

CRISTINA

Calla. señora mía, no te fatigues, que no habrá podido más, especialmente que quien sirve a otro pocas veces es de sí señor. Bien sé yo que a él no le faltará voluntad para hacello, sino que negocios por ventura más arduos de aquel señor a quien sirve le estorbarán de hacer lo que él querría. Así, señora mía, no debes enojarte, que cuando no te pienses verás lo que deseas.

EUFEMIA.

¡Ay, amiga mía! Dios por su piedad inmensa lo haga de manera que con letras tuyas esta casa nuestra sea contenta y alegre.

ESCENA III

EUFEMIA

CRISTINA

ANA.

ANA

Paz sea en esta casa, paz sea en esta casa. Dios te guarde, señora honrada. Dios te guarde. Una limosnica, cara de oro, cara de siempre novia: daca que Dios te hará prosperada, y te dé lo que deseas. Buena cara, buena cara.

CRISTINA

¿No podéis demandar desde allá fuera? ¡Ay, señora mía, y qué importuna gente! Que en lugar de apiadarse la persona dellas y de su pobreza, las tiene odio según sus importunidades y sus ahíncos.

ANA

Calla, calla, garrida, garrida. Dame limosna por Dios, y direte la buenaventura que tienes de haber tú y tu señora.

EUFEMIA

¿Yo? ¡Ay cuitada! ¿Qué ventura podrá tener que sea próspera la que del vientre de su madre salió sin ella?

ANA

Calla, calla, señora honrada: pon un dinerico aquí, sabrás maravillas.

EUFEMIA

¿Qué tiene de saber la que contino estuvo tan falta de consuelo, cuanto colmada de zozobras, miserias y afanes?

CRISTINA

¡Ay señora! Por vida suya que le dé alguna cosa, y oigamos los desatinos que aquestas por la mayor parte suelen decir.

ANA

Escucha, escucha, pico de urraca, que más sabemos cuando queremos que nadie piensa.

EUFEMIA

Acabemos; toma y dale queso, y vaya con Dios.

CRISTINA

A buena fe que antes que se vaya nos ha de catar el signo.

EUFEMIA

Déjala, y váyase, con Dios, que no estoy agora de esas gracias.

ANA

Sosiega, sosiega, señora gentil, ni tomes fatiga antes de su tiempo, que harta te está aparejada.

EUFEMIA

Yo lo creo: agora sí habéis acertado.

CRISTINA

No se entristezca, señora, que todo es burla y mentiras cuanto estas echan por la boca.

EUFEMIA

¿Y la esportilla de los afeites que tienes escondida en el almariete de las alcominias es burla?

CRISTINA

¡Ay señora! Que habla por la boca del que arriedro vaya. Ansí haya buen siglo la madre que me parió, que dice la mayor verdad del mundo.

EUFEMIA

¿Hay tal cosa? ¿Qué, es posible queso?

CRISTINA

Como estamos aquí: decí más, hermana.

ANA

No querría que te corriese por estar tu señora delante.

CRISTINA

No haré por vida de mi ánima: ¿qué puedes tú decir que sea cosa que perjudique a mi honra?

ANA

¿Dame licencia que lo diga?

CRISTINA

Digo que sí, acabemos.

ANA

El par de las tórtolas, que hiciste creer a la señora que las habían comido los gatos, ¿dónde se comieron?

CRISTINA

Mira de qué se acuerda: aqueso fue antes que mi señor Leonardo se partiese desta tierra.

ANA

Así es la verdad, pero tú y el mozo de caballos os las comistes en el descanso de la escalera: ¡ah! Bien sabéis que digo en todo la verdad.

CRISTINA

Malograda, me coma la tierra, me reina la tierra, si con los ojos lo viera, dijera mayor verdad.

ANA

Pues, señora, una persona tienes lejos de aquí que te quiere mucho, y aunque agora está muy favorecido de su señor, no pasará mucho que esté en peligro de perder la vida por una traición que le tienen armada: mas calla, que aunque sea todo por tu causa, Dios, que es verdadero juez y no consiente que ninguna falsedad esté mucho tiempo oculta, descubrirá la verdad de todo ello.

EUFEMIA

¡Ay desventurada hembra! Por causa mía dices que se verá esa persona en peligro. ¿Y quién podrá ser, cuitada, si no fuese mi querido hermano?

ANA

Yo, señora, no sé más; pero pues en cosa de las que a tu criada se han dicho no ha habido mentira, yo me voy, quedad en buen hora, que si algo más supiere, yo te vendré a avisar: quedad con Dios.

CRISTINA

¿Y de mí no me dices nada si seré casada o soltera?

ANA

Mujer serás de nueve maridos, y todos vivos. ¿Qué más quieres saber? Dios te consuele, señora.

EUFEMIA

¿No me dices más de mi negocio, y así me dejas dudosa de mi salud?

ANA

No sé más que decirte, solamente que tu trabajo no será tan durable que en el tiempo del más fuerte peligro no lo revuelva prudencia y fortuna, que todos remanezcáis tan contentos y alegres, cuanto la misericordia divina lo sabe obrar.

ESCENA IV

EUFEMIA

CRISTINA.

CRISTINA

¡Ay amarga de mí! Señora, ¿y no ve que me dijo que dizque sería yo mujer de nueve maridos, y que todos estarían vivos? ¡Ay malaventurada fui yo! ¿Y cómo puede ser aqueso?

EUFEMIA

Calla, déjame; que aunque todo cuanto estas dicen puede pasar por señalada burla, con lo que me ha dicho, más triste quedo y más afligida que la oscura noche. Entrémonos.

ACTO IV

ESCENA I

VALIANO

PAULO.

Gabinete del palacio de VALIANO.

VALIANO

Dime, Paulo, ¿y es posible esto que me cuentas, que tú has estado en la casa desta Eufemia, hermana deste alevoso y malvado de Leonardo, a quien yo en tanta alteza he puesto?

PAULO

Digo, señor, que sí.

VALIANO

¿Y tú propio has dormido con ella en su mismo lecho?

PAULO

Que yo propio he dormido con ella en su mismo lecho. ¿Qué más quieres?

VALIANO

Agora, mi fidelísimo Paulo, resta de contarme del arte que con ella te pasó.

PAULO

Señor, pásame con ella aquello que pasa con las demás. No fue cierto menester dar muchas vueltas; antes ella de verme pasar por su calle y mirar a una ventana, me envió una criadilla que tiene, llamada por más señas Cristina.

VALIANO

¿Y la criada qué te dijo?

PAULO

Si habla menester algo de aquella casa. Yo, como lo sabía antes de agora, así como yo había dicho a vuesa merced que no eran menester muchos casamenteros, coleme allá, especialmente que de otras vueltas la dama me conocía y me había llevado mis reales: quedeme aquella noche por huésped, y así otras tres adelante, y visto bien las señas de su persona, como yo, señor, prometí, vine a darte cuenta de lo que había pasado.

VALIANO

¿En fin?

PAULO

En fin, que ella me dio, para que no me pusiese en el sombrero o en la gorra, un pedazo de un cabello que le nace del hombro izquierdo, en un lunar grande, y por ser señales que el señor su hermano Leonardo y tu muy privado no puede negar, acordé de traello: veislo aquí, agora yo he cumplido con quien soy y con la fidelidad que como vasallo te debo. Tú, señor, ordena que ningún traidor se ría de ti, ni menos que otro se atreva de aconsejarte, siendo criado tuyo, semejante caso, especialmente donde tan gran quilate pendía de tu honra.

VALIANO

No cures, Paulo, que bien entendido tenía yo dese traidor que en son de hacerme señalado servicio, quería dar deshonor a esta antigua casa; yo te prometo que no me pague esta

traición menos que con la vida, y que asimismo tú seas galardonado con grandes mercedes por tan señalados servicios.

PAULO

Ansí conviene, señor, porque el traidor sea por quien. es conocido, y el bueno y leal por su fidelidad remunerado.

VALIANO

Vamos, Paulo, que yo te prometo que su castigo sea escarmiento para los presentes y por vertir.

PAULO

Ve, señor, que así es menester que en los traidores se ejecute la justicia.

ESCENA II

EUFEMIA
CRISTINA.

Sala en casa de Leonardo.

EUFEMIA

¡Ay! Cristina hermana: ven acá, aconséjame tú aquello que hacer debo, que de crueles angustias tengo aqueste corazón cercado. ¿Qué te diré, sino que después que aquella gitana con nosotras estuvo, una hora sin mil sobresaltos no he vivido? Porque aunque como en burlas tomé sus palabras, así veo a los ojos sus desconsolados pronósticos.

CRISTINA

¿Cómo, señora mía? ¡Ay! Por Dios no te vea yo triste, ni imagines tal, que si en alguna cosa por yerro aciertan, en dos mil devanean; porque todo cuanto hablan no es a otro fin sino por sacar de aquí y de allí con sus palabras lo más que pueden, y pues aqueste es su oficio, no intentes, señora mía, lo que no cabe en juicio de discretos dalles fe alguna.

EUFEMIA

¡Ay Cristina! Yo bien tengo entendido que es así como tú dices, pero ¿qué quieres, si no puedo quitar de mí esta imaginación?

CRISTINA

Calla, señora, encomiéndalo todo a Dios, que es el remediador de todas las cosas. Mas por el siglo de mi madre, he aquí a Melchor Ortiz.

ESCENA II

EUFEMIA
CRISTINA
MELCHOR.

CRISTINA
¡Ah! Melchor hermano, tú seas muy bien venido. ¿Qué nuevas traes a mi señora? Dí,
¿qué tal queda señor?

MELCHOR
Señor bueno está, aunque no le han hecho aquello que dice que le han de hacer.

EUFEMIA
¿Qué le han de hacer? Dime presto.

MELCHOR
¡Válame Dios! Y no se acuite vuesa merced, que primero bien sé que le han de confesar,
que ya lo ha dicho el uno de aquestos que andan encapuchados.

CRISTINA
¿Que andan encapuchados? Frailes querrás decir.

MELCHOR
Sí, sí.

CRISTINA
¿Qué es lo que le han dicho, Melchor?

MELCHOR
Que ordene su álima, y que no será nada placiendo a Dios, que en despegándole aqueste
de aquesto, le sacarán de la cárcel.

EUFEMIA
¡Ay! Cristina, yo me muero,

CRISTINA
Callad, señora mía, no diga tal que aqueste sin duda desvaría: ¿no lo conoce ya vuesa
merced? ¿Díjote algo señor? ¿Diote carta para mi señora?

MELCHOR
Díjome que me morase acá, porque no quería que le sirviese ninguno después de finado.

CRISTINA
¿Cómo finado? ¿Qué dices?

MELCHOR

Digo que no lo ha en voluntad que le finen, sino que se esté como se estaba con su gaznate y todo, pero él su camine ha de hacer.

CRISTINA

Asno, ¿hate dado alguna carta?

MELCHOR

¿Dijiste asno a un hombre que puede ya dar consejo según las viñas y almendrales que hay por ahí adelante?

CRISTINA

¿Traes carta de tu señor? acaba, dilo.

MELCHOR

¿No te dicen ya que sí? ¿Qué diablos le toma?

CRISTINA

¿Pues adola?

MELCHOR

Mira, Cristina, lávame aquestos pies, y zahúmame esta cabeza, y dame de almorzar, y déjate de estar a temas conmigo.

CRISTINA

¿Que te lave yo? Lávete el mal fuego que te abraze; daca la carta.

MELCHOR

Mírela, señora, en esa talega.

CRISTINA

No viene aquí nada.

MELCHOR

Pues si no viene, ¿qué quiere que le haga yo? ¿Téngome de acordar dónde está por fuerza?

EUFEMIA

Dácala, hijo, dime dónde la traes, por un solo Dios.

MELCHOR

Señora, déjeme volver allá a preguntar a mi señor, si lo hallare por morir, adónde la puso, y acabemos.

EUFEMIA

¡Ay cuitada! Mira que es aquello que blanquea en aquella caperuza.

MELCHOR

Déjalo, dimuño, que es un papel entintado que me dio mi amo el que solía ser, para señora.

EUFEMIA

¡Ay! Pecadora fui a Dios: ¿pues que es lo que te han estado pidiendo dos horas ha?

MELCHOR

¿Pues aqueso es carta? Yo por papel lo tenía: tómelas, que por su culpa no se ha caído por el camino, que después que la puso ahí el que si place a Dios han de finir la semana que viene, no me he acordado mas della que de la primera escudilla de gachas que me dio mi madre.

EUFEMIA

Cristina, hija, lee tú esa carta, que no tendré yo ánimo ni aún para vella.

CRISTINA

(Lee.) Sea dada en la mano de la más cruel y malvada hembra que hasta hoy se ha visto.

MELCHOR

Para ti debe de venir, Cristina, según las señas dicen.

CRISTINA

Calla un poco. (Lee.) Carta de Leonardo para Eufemia.

«Si de las justas querellas que de tu injusta y abominable persona, Eufemia, a Dios dar debo, de su mano divina el justo premio sobre ti se ejecutase, no sé si sería bastante tu deshonestísimo y infernal cuerpo a soportar lo que por sus nefandos e inauditos usos merece. ¿Cuál ha sido la causa, maldita hermana, que siendo tú hija de quien eres, y descendiendo de padres tan ilustres, cuya bondad te obligaba a regir en parte alguna, en tanta disolución y deshonestidad hayas venido, que no sólo te des libremente a los que tu nefando cuerpo codician, mis aun tanta parte a tus enamorado das de él, que públicamente y en tela de justicia se muestran contra mí co cabellos del lunar de tu persona? De mí cierta estarás que moriré por alabar a quien no conocía, pues ya la sentencia del señor, a quien contigo quería engañar, revocar no se puede, que solos veinte días de tiempo me han dado para que yo ordene mi ánima y para si algún descargo pudiere dar. Y porque para quejarme de ti sería derramar razones al viento, vive a tu voluntad, falsa y deshonesta mujer, pues yo de ello pagaré con la cabeza lo que tú con tu disolución ofendiste.»

EUFEMIA

¿Qué es esto? ¿Qué es lo que oigo? ¡Ay desventurada de mí! ¿Qué deshonestidades tan grandes han sido las mías, o quién es aquel que con verdad habrá podido, si no fuere con grandísima traición y engaño, no solamente dar señas de mi persona, pero ni aun verme, como tú sabes, por mil paredes?

CRISTINA

¡Ay señora mía! Que si fatiga alguna mi señor tiene, yo he sido la causa, que no tú; y si me perdonares, yo bien te diría lo que de aquesto alcanzo.

EUFEMIA

Di lo que quisieres: no dudes del perdón, con que me des alguna claridad de lo que en esta atribulada carta oigo.

CRISTINA

Sabe pues, señora mía, que aunque yo te confiese mi yerro, no tengo tanta culpa, por pecar de ignorancia, como si por malicia lo hiciera.

EUFEMIA

Di, acaba ya, que no es tiempo de estar gastando tanto en palabras: di lo que hay, no me tengas suspensa, que muero por entenderte.

CRISTINA

Sabe, señora mía, que en los días pasados un hombre como extranjero me pidió por ti, diciéndome si sería posible poderte ver o hablar: yo, como vieses tu tan grande recogimiento, díjele que lo tuviese por imposible. y él fue tan importuno conmigo, que le dije las señas de toda tu persona, y no contengo con esto, hizo conmigo que te quitase una parte del cabello que en el lunar del hombro derecho tienes: yo, pensando que no hacía ofensa a tu honra, ni a nadie, tuve por bien, viéndole tan afligido, de hurtártelo estando durmiendo, y así se lo di.

EUFEMIA

No me digas más, que algún grande mal debe de haber sucedido sobre ello. Vamos de aquí, que yo me determino de ponerme en lo que en toda mi vida pensé, y dentro del término destes veinte días ir allá lo más encubiertamente que pueda. Veamos si podré en algo remediar la vida de este carísimo hermano, que sin saber la verdad, tantas afrentas y tantas lástimas me escribe.

CRISTINA

Si tú aqueso haces y en el camino te apresuras, yo lo doy todo, con el auxilio divino, por remediado. Vamos.

MELCHOR

¿Yo tengo de ir allá?

CRISTINA

Sí, hermano; ¿pues quién nos había de servir por el camino sino tú?

MELCHOR

Pardiez, aunque hombre hubiese de aprender para hacer cartas de marcaje, no le hiciesen atravesar más veces este camino, pero vaya.

ACTO V

ESCENA I

PAULO

Calle

PAULO

¡Oh cuán bien van los negocios míos, y cuán bien he sabido valerme! ¡Oh qué astucias he tenido para desprivar a este advenedizo de Leonardo! ¡Oh cuán alegre me ha hecho la fortuna, y cuán largo crédito he cobrado con Valiano! Bien está: que pocos son los días que le faltan de cumplir de la dilación que lo pusieron para que de sí diese descargo alguno, si lo tenía. ¿Qué hombre habrá en toda esta tierra de más buena ventura que yo, en haciendo justicia de aqueste? Pues quizá tengo mal testigo en Vallejo, lacayo, pues por interese de dos doblas que le prometí en el camino cuando conmigo fue, dice que se matará con todos cuantos dijeren al contrario de lo que tengo dicho. Mas voime, que no sé quién viene, no quiero ser oído de nadie, por ser el caso de la suerte que es.

ESCENA II

POLO

POLO

¡Oh! Bendito sea Dios, que me ha dejado escabullir un rato de aqueste importuno de Valiano mi señor, que no parece sino que todo el día está pensando en otro, sino en cosas que fuera de propósito se encaminan. Agora yo estoy asombrado como Leonardo, a los ojos de todos tan honrado y cuerdo mozo, le quisiese así engañar con darle a entender que su hermana fuese tan buena, que para ser mujer suya le faltase nada. Con su pan se lo coma, que gran priesa se dan ya para que pague con la gorja lo que pecó con la lengua. Dios me guarde de ser entremetido, acá me quiero andar siguiendo mi planeta, que si aquesta mi Eulalia se va conmigo, como me tiene prometido, yo soy uno de los bienaventurados hombres de todo mi linaje. Ya estoy a su puerta: aquí sobre la calle en este aposento sé que duerme. ¿Qué señas haré para que salga? ¡Oh! Bien va, que aquella que canta es.

ESCENA III

POLO
EULALIA.

EULALIA (*Canta.*)

Gila Gonzalé
de la vila yama:
no sé yo madres
si me la abriré.

Gila Gonzalé
yama la torre:
abrime la voz,
fija Yeonore,

porque lo cabayo
mojaba falcone:
no sé yo madres
si me la abriré.

POLO
¡Ah! Señora mía Eulalia. ¡Ah! Señora. ¡Qué embebida está en la música!

EULALIA
¡Jesu! Ofréscomela Dios turo poderoso, criador na cielos e na tierras.

POLO
¡Ah! Señora Eulalia, no te alteres, que el que te llama no te desea sino hacerte todo servicio.

EULALIA
¿Parésete a vos que eso da bon gemplos, a la ventana de una dueña honradas, recogidas como yo, facer aqueya cortesía a tal horas?

POLO
No me debe haber conocido. ¡Ah!, señora Eulalia.

EULALIA
Mal años para vos: ¿y parésete bien a la fija de la hombre honrados facer cudolete a la puta ajenas?

POLO
¡Oh pecador de mí! Asómate, señora Eulalia, a esa ventana, y verásmo, y sabrás de cierto quién soy.

EULALIA

¿Quién está ahí? ¡Jesu! O la voz me la miente, o es aqueya que yama mi señor Poyos.

POLO

¡Oh! Bendito aquel que te dejó entender.

EULALIA

¡Ay! Señor míos, ¿á tales horas?

POLO

Señora mía, por una pieza como vuesa merced aun no es temprano para servilla.

EULALIA

Pues a bona fe que está la persona de mala ganas.

POLO

Que la guarde Dios, ¿y de qué?

EULALIA

Siñor, preséntame la siñora doña Idonza, un prima mía, una botetas de lejías para enrubiarme los cabeyos; y como yo sá tan delicara, despójame na cabeza como nas ponjas, pienso que tenemos la mala ganas.

POLO

¡Válame Dios! ¿Pues no hay remedio para eso?

EULALIA

Sí, sí, guáreme Dios, ya me envía a visitar la siñora navadesa la monja Sancta Pabla, y me dice que me enviará una malacina para que me lo quiten como las manos.

POLO

¿Pues agora te pones a enrubiar?

EULALIA

Sí, ¿por qué no? ¿No tengo yo cabeyo como la otro?

POLO

Sí, cabellos, y aun a mis ojos no hay brocado que se le compare.

EULALIA

Pues, buenafe, que ha cinco noche que face oración a siñor Nicolás de Tramentinos.

POLO

San Nicolás de Tolentino querrás decir: ¿y para qué haces la oración, señora?

EULALIA

Quiere casar mi amos, y para que me depares Dios marido a mi contentos.

POLO

Anda, señora, ¿y cómo agora haces aqueso? ¿No me has prometido de salirte conmigo?

EULALIA

Y cómo, señor, ¿no miras más que esos? ¿Parécete a vos que daba yo bon gemplo y cuenta de mi linajes? ¿Qué te dirá cuantas señoras tengo yo por mi migas en esta tierra?

POLO

¿Y la palabra, señora, que me has dado?

EULALIA

Señor, ona forza neva nerrechos se pierde: honra y barbechos no caben la sacos.

POLO

¿Pues qué honra pierdes tú, señora, en casarte conmigo?

EULALIA

Ya yo lo veo, señor. Mas quiero vos; sacarme y napues perdida na tierra. ¡Que te conozco!

POLO

Mi reina, ¿aqueso me dices? No te podría yo dejar que primero no dejase la vida.

EULALIA

¡Ah! Traidoraz, dolor de torsija que rebata tolo rombres: a otro hueso con aquese perro, que yo ya la tengo rozegados.

POLO

En verdad, señora, que te engañas; pero dime, señora, ¿con quién te querían casar?

EULALIA

Yo quiere con un cagañeroz; dice mi amo que no, que más quiere con unoz potecarioz; yo dice que no, dice mi amo: caya, fija, quien tenga el oficio tenga maleficio.

POLO ¿Pues yo no soy oficial?

EULALIA

¿Quin oficios, señor Poyoz?

POLO

Adobar gorras, sacar manchas, hacer rucas y husos, y echar soletas y brocales a calabazas: otros mil oficios, que aunque agora me ves servir de lacayo, yo te sustentaré a toda honra. No dejes tú de sacar con que salgamos la primera jornada que después yo te haré señora de un estrado y cama de campo y guadameciles: ¿qué quieres más, mi señora?

EULALIA

Agora sí me contenta; ¿más sabe que querer yo, señor Poyos?

POLO

No, hasta que me lo digas.

EULALIA

Que me comprar una monas, un papagayos.

POLO

¿Para qué, señora?

EULALIA

Los papagayos para que enseña a hablar en jaula, y lo mona para que la tengas yo a mi puerta como dueña de establo.

POLO

De estrado querrás decir.

EULALIA

Sí, sí, ya la digo yo. Nafablo, ¿mas sabe que me falta rogar a mi señora doña Beatriz que me presa un ventayos para caminos?

POLO

¿Para qué es el ventalle, señora?

EULALIA

Para ponéme lantre la cara, porque si me mira alguna conosciada no me la conosci.

POLO

Señora, yo lo haré; mas voime que toda la tierra está revuelta por ir a ver a aquel pobre de Leonardo, que hoy mandan que se haga justicia de él.

EULALIA

¡Ay malogrados!, por cierto que me pesas como si no fueras mi fijo; mas si marinas busca, tome lo que baila.

POLO

A Dios, mi señora, que ya el día se viene a más andar, y la gente madruga hoy más que otros días por tomar lugar: porque el pobreto como era tan bien quisto de todos, aunque era extranjero, toda la gente irá para ayudalle con sus oraciones.

EULALIA

¡Ay! Amarga se vea la madre que le parió.

POLO

Hasta mi amo Valiano le pesa extrañamente con su muerte; mas aquel Paulo, contrario suyo, que es el que trajo las señas de su hermana, lo acusa valientemente, y ése le ha traído al término en que agora está: a Dios.

EULALIA

El Espíritu Santo te guarda mi ánima, y te libra entretutanto.

POLO

¡Pese a tal con la galga! ¡Yo la pienso vender en el primer lugar, diciendo que es mi esclava, y ella póneseme en señoríos! Espántome cómo no me pidió dosel y todo en que poner las espaldas. ¿No tengo un real, que piensa la persona sacárselo delas costillas, y demandante, papagayo y mona?

EULALIA

Señor Poyos, señor Poyos.

POLO

¿Qué hay, mi vida?

EULALIA

Tráigame para mañana un poquito de mosaza, un poquito de trementinos de la que yaman de puta.

POLO

De veta querrás decir: ¿y para qué quieres todo eso, señora?

EULALIA

Para hacer una muda para las manos.

POLO

¿Qué? Con esa color me contento yo, señora, no has menester ponerte nada.

EULALIA

Así la verdad, que aunque tengo la cara morenicas, la cuerpo tienes como un terciopelo dobles.

POLO

A ser más blanca no valías nada: a Dios, que así te quiero yo pará hacer reales

EULALIA

Gulate la Celetina, que guiaba la toro la enamorados.

ESCENA IV

EUFEMIA
CRISTINA.

Plaza delante del palacio de VALIANO.

CRISTINA
Señora, aquí estamos bien, porque en este lugar podrás aguardar que al tiempo que Valiano salga, le digas lo que te parecerá.

EULALIA
Aquel todopoderoso Señor que sabe y entiende todas las cosas, declare y saque a luz una tan grande traición; de suerte que la verdad sea manifiesta, y aquel carísimo hermano libre, pues de tan falsa acusación así él como yo somos sin culpa.

CRISTINA
Esfuézate, señora, que a tiempo somos que se descubrirá la verdad, de suerte que cada cual quede por quien es reputado.

EUFEMIA
Oye, que pasos suenan, gente sale, y aquel de la mano derecha, según su manera, debe de ser Valiano, señor de todas aquestas tierras.

CRISTINA
Ay, señora mía!, y el que con él viene es él extranjera al que yo por su importunidad di las señas de su merced y de su cuerpo.

EUFEMIA
Calla, que hablando salen.

ESCENA V

VALIANO
PAULO
VALLEJO

ACOMPAÑAMIENTO Y DICHAS

VALIANO
Dime, Paulo, ¿está ya todo puesto a punto?

PAULO

Señor, si, que yo he puesto en ello la diligencia que conviene, para que el traidor pague y tú quedes sin queja,

VALIANO

Bien has hecho: mas ¿qué gente es aquesta?

PAULO

Señor, no las conozco, extranjeras parecen.

VALIANO

Voto a tal, que la delantera paréceme moza de chapa: desde aquí la acoto para que coma en el plato que come el hijo de mi padre.

EUFEMIA

Señor ilustre, extranjera soy, en tu tierra me hallo, justicia te pido.

VALIANO

De eso huelgo yo infinitísimo, que esté en mi mano haceros algún favor, que aunque no fuese más que por ser extranjera, vuestro arte y buen aseo provoca, a cualquiera a haceros todo servicio; así que demandad lo que quisiéredes, que cuanto a la justicia que pedís, nada se os negará.

EUFEMIA

Justicia, señor, que malamente soy ofendida.

VALIANO

¿Ofendida, y en mi tierra? Es que no soportaré.

VALLEJO

Suso, señor, armémonos todos los de casa y dame a mí la mano; verás cuán presto revuelvo los rincones de esta ciudad, y la hago sin querella.

VALIANO

Calla, Vallejo. Decidme, señora, ¿quién es el que ha sido parte para enojaros?

EUFEMIA

Señor, ese traidor que cabe tienes.

PAULO

¿Yo? ¿Burláis de mí, señora querréis pasar tiempo con las gentes?

EUFEMIA

No me burlo, traidor, que de me ellas veces que dormiste conmigo en mi cama, la postrer noche me hurtaste una joya muy rica, debajo la cabecera de mi cama.

PAULO ¿Qué es lo que decís, señora? Por otro quizás me habréis tomado, que yo no os conozco, ni sé quien sois. ¿Cómo me levantáis cosa que en toda mi vida tal pensé hacer?

EUFEMIA

¡Ah, don traidor! ¿Qué, no te bastaba aprovecharte de mi persona como te has aprovechado, sino aun robarme mi hacienda?

VALIANO

Paulo, responde: ¿es verdad lo que esta dueña dice?

PAULO

Digo, señor, que es el mayor levantamiento del mundo: ni la conozco, ni la vi en mi vida.

EUFEMIA

¡Ay! Señor, que lo niega aqueese traidor por no pagarme mi joya.

PAULO

No llaméis traidor a nadie, que si traición hay, vos la traéis, pues afrentáis a quien en su vida os ha visto.

EUFEMIA

¡Ay traidor! ¿Qué, tú no has dormido conmigo?

PAULO

Que digo que no os conozco, ni sé quién sois.

EUFEMIA

¡Ay señor! Tómense juramento, que él dirá la verdad.

VALIANO

Poné la mano en vuestra espada, Paulo.

PAULO

Que juro, señor, por todo lo que se puede jurar, que ni he dormido con ella, ni sé su casa, ni la conozco, ni sé lo que se habla.

EUFEMIA

Pues, traidor, oigan tus oídos lo que tu infernal boca ha dicho; pues con tus mismas palabras te has condenado.

PAULO

¿De qué manera? ¿Qué es lo que decís? ¿Qué os debo?

EUFEMIA

Di, desventurado, si tú no me conoces, ¿cómo me has levantado tan grande falsedad y testimonio?

PAULO

¿Yo testimonio? Loca está esta mujer.

EUFEMIA

¿Yo loca? ¿Tú no has dicho que has dormido conmigo?

PAULO

¿Yo he dicho tal? Señor, si tal hay, por justo juicio sea yo condenado y muera mala muerte a manos del verdugo delante de vuestra presencia.

EUFEMIA

Pues si tú, alevoso, no has dormido conmigo, ¿cómo hay tan grande escándalo en esta tierra por el testimonio que sin conocerme me has levantado?

PAULO

Anda de allí con tu testimonio, o tus necesidades.

EUFEMIA

Dime, hombre sin ley, ¿no has tú dicho que has dormido con la hermana de Leonardo?

PAULO

Sí, lo he dicho, y aun traído las señas de su persona.

EUFEMIA

¿Y esas señas, cómo las hubiste? ¿Si tú, traidor, me tienes delante, que soy la hermana de Leonardo, cómo no me conoces, pues tantas veces dices que has dormido conmigo?

VALIANO

Aquí hay gran traición, según yo voy entendiendo.

CRISTINA

Hombre sin ley, ¿tú no me rogaste que te diese las señas de mi señora? Aunque agora por venir disfrazada no me conozcas. ¿Y viendo tu fatiga tan grande, le corté un pedazo de un cabello del lunar que en el hombro derecho tiene y te lo di, sin pensar que a nadie hacía ofensa?

VALIANO

¡Ah, don traidor!, que no puedes negar la verdad, pues tú mismo por tu boca lo has confesado.

VALLEJO

Afuera hay cantos, mosca de Arjona. También me quería el señor coger en el garlito.

VALIANO

¿De qué manera?

VALLEJO

Rogome en el camino cuando fuimos con él que testificase yo como él había dormido con la hermana de Leonardo, por lo cual me había prometido para unas calzas, y hubiérame pesado, si en lugar de calzas me dieran un jubón de cien ojetes.

VALIANO

Suso, tomen a este alevoso y pague por la pena del talión. ¡Qué bien sabía yo lo que en mi fiel Leonardo tenía! Sáquenle de la prisión y sea luego restituido en su honra, y a este traidor córtente luego la cabeza en el lugar que él para mí Leonardo tenía aparejado.

VALLEJO

Que se haga, señor mío, luego su mandamiento.

VALIANO

Y esta señora noble, pues tan bien supo salvar la villa de su hermano, quede en nuestras tierras y por señora dellas y mía, que aún no pienso pagalle con todo aquesto la tribulación que su hermano en la cárcel y ella por le salvar habrán padecido.

VALLEJO

Señor, *in corbona* es: ya está el levantador de falsos testimonios, el desventurado de Paulo, en poder del alcalde con todos aquellos cumplimientos que vuesa merced me mandó.

VALIANO

Suso, córtense libreas a todos los criados de mi casa; y vos, señora mía, dadme la mano y entremos a yantar, que yo quiero que vos y vuestro hermano comáis juntamente conmigo por tan sobrado regocijo, y después hacer lo que debo en cumplimiento de lo que a Leonardo había prometido.

EUFEMIA

Como tú, señor, lo mandares, seré yo la dichosa.

ESCENA VI

VALLEJO

VALLEJO

Abrazado va mi amo con la rapaza. Pero yo soy el mejor librado de este negocio, pues me escapé de arrebatar una centena por testigo falso. Yo voy, que haré falta en casa. Auditores, no hagáis sino comer, y dad la vuelta a la plaza, si queréis ver descabezar un traidor y libertar un leal, y galardonar a quien en deshacer tal trama ha sido solícita, y avisada y diligente.

ET VALE

FIN